Los opuestos se atraen

LAS AVENTURAS DE RAPUNZEL 2

Para Steven
–K.M.

© 2017 Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Traducción de Marta García Madera
Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-16917-09-9
Depósito legal: B. 26.042-2017
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros Disney métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LAS AVENTURAS DE RAPUNZEL 2

Los opuestos se atraen

Adaptación de
Kathy McCullough

Ilustraciones del
Disney Storybook Art Team

LIBROS Disney

Aventura 1

Cassandra contra Eugene

CAPÍTULO 1

Rapunzel se encontraba en su taller de arte, dando los últimos retoques al faro que estaba pintando. Era una mañana tranquila, soleada y silenciosa, perfecta para la tarea. Pascal se sentó sobre su hombro y cerró los ojos.

La princesa estaba a punto de dar su pincelada final, cuando de repente…

—*¡FITZHERBERT!*

El pincel pasó a toda velocidad por el lienzo y el cuadro quedó hecho una pena.

—Uf, ¡otra vez no! —dijo para sus adentros.

El grito de Cassandra había llegado desde una sala próxima del castillo. Rapunzel sabía lo que ve-

nía después. Su amiga había chillado el apellido de su novio, y eso quería decir…

—¡No sé por qué te enfadas tanto! —oyó decir a Eugene.

Pascal, que se acababa de despertar de su cabezadita, se cubrió las orejas y meneó la cabeza con aire triste.

Rapunzel suspiró. Eugene y Cassandra se estaban peleando. Otra vez.

Mientras la discusión continuaba, Rapunzel dejó el cuadro junto a una pila de otras pinturas que también se habían ido al traste. No era la primera vez que le pasaba, pero aquélla era la gota que colmaba el vaso.

—Esto se tiene que acabar —le dijo a su mascota.

El camaleón asintió.

Rapunzel encontró a Cassandra y Eugene en el comedor real.

—¡Hola, chicos! —saludó animada—. ¿Va todo bien? No he podido evitar oír…

Cassandra y Eugene siguieron discutiendo como si Rapunzel no estuviera.

—Es que, encima de coger mi alabarda sin permiso —decía Cassandra—, ¡la has dejado llena de tus pelos repugnantes!

—Te digo que yo no la he tocado —insistía Eugene y, de pronto, se quedó inmóvil y puso cara de confusión—. Espera, oye, ¿qué es una alabarda?

Cassandra levantó un palo largo que llevaba un hacha doble en lo alto. Era una de las muchas armas que había aprendido a manejar gracias a su padre, el capitán de la guardia real.

—Ah, vale, la alabarda —dijo Eugene—, me has pillado. —Se señaló la cara—. Pero mira este afeitado. Suave como el culito de un bebé.

Se dio unas palmaditas en las mejillas por encima de la perilla.

Cassandra puso cara de exasperación.

—Dirás como el culito de un mono.

—Venga, chicos —intervino Rapunzel, interponiéndose entre los dos antes de que Cassandra pudiera usar la alabarda contra Eugene—. ¡Esto es ridículo! —Pascal, que seguía en el hombro de la princesa, asintió—. Vamos a respirar hondo y así nos calmamos y…

—Siendo justos —dijo Eugene sin hacer caso—, te pregunté varias veces si podía usar esa cosa.

Cassandra lo fulminó con la mirada.

—¡Y todas las veces te contesté que no! Sólo la puede manejar un guerrero experto.

Eugene se la arrebató.

—Flynn Rider tiene experiencia con muchas armas.

Hizo girar la alabarda y no se fijó en el jarrón alto que había en el extremo de la mesa del comedor hasta que fue demasiado tarde.

¡CRAS!

El jarrón se hizo añicos por el golpe de la alabarda.

Eugene se quedó estupefacto.

Cassandra rio en tono triunfal.

—¡Así se hace, Eugene!

El chico se puso rojo.

—Que no cunda el pánico —dijo Rapunzel, precisamente ella, que se había quedado horrorizada—. A ver, era un jarrón extraordinario y el preferido de mi padre, pero…

—Ya sé —la cortó Cassandra dirigiéndose a Eugene—. ¿Por qué no robas otro? ¡Ah, es verdad, no puedes! ¡Era una pieza única! —Sonrió—. Y será lo primero que verá el rey cuando se siente a cenar esta noche. Bueno, mejor dicho, será *lo que no verá*…

Eugene frunció el cejo y le dijo:

—Te encanta dejarme como un idiota delante del rey, ¿verdad?

—No —respondió Cassandra—. Ya te encargas de quedar mal tú solito.

Y siguieron discutiendo. Rapunzel se dio por vencida. No podía pararlos.

—Ya no aguanto más —le dijo a Pascal mientras salían del comedor—. ¿Por qué no se pueden llevar bien?

El camaleón se encogió de hombros.

Las voces furiosas se fueron apagando a medida que Rapunzel y Pascal llegaban al final del pasillo.

—Estoy segura de que, si dejaran de pelearse un buen rato y pasaran tiempo juntos, serían grandes amigos —dijo la princesa—. ¡Espera! ¡Ya lo tengo! ¡Ya sé cómo arreglar esto!

Pascal levantó la vista, escéptico.

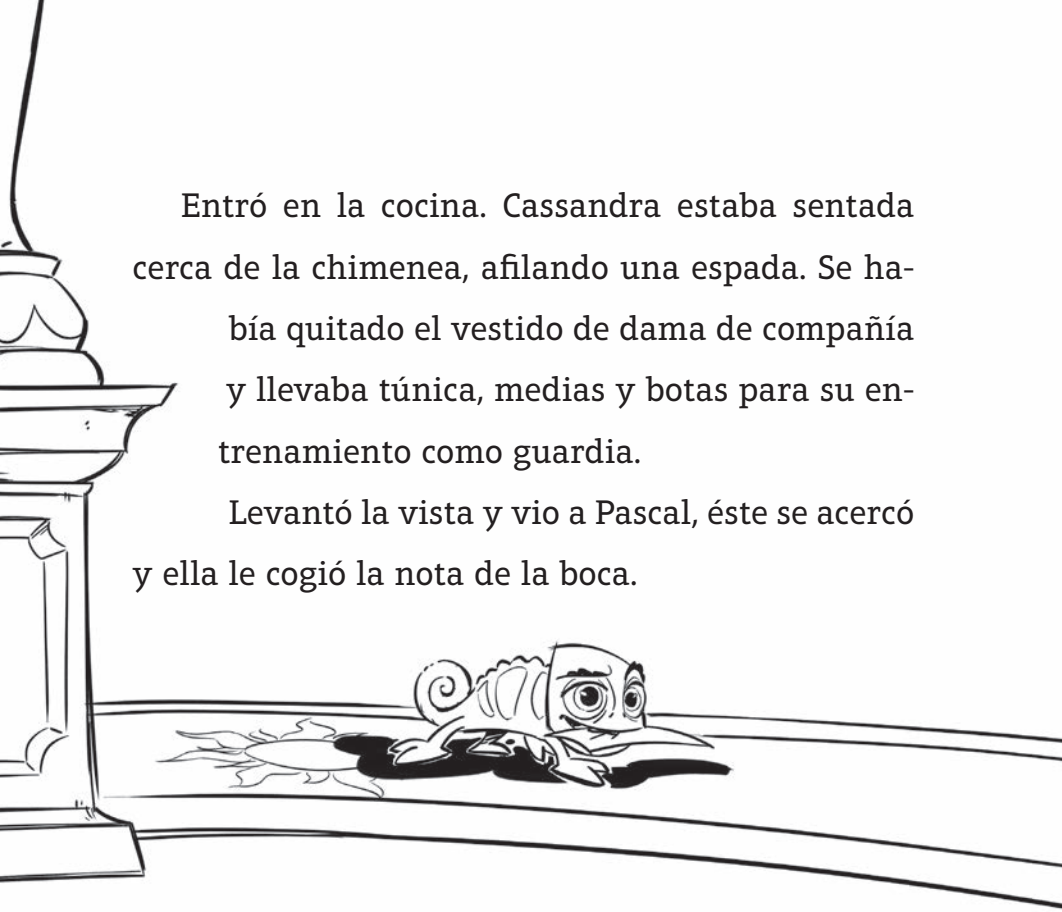
Rapunzel sonrió.

—¡Vamos a hacer que pasen tiempo juntos!

Pascal cruzó lentamente el pasillo del castillo. Tenía una misión. Llevaba una nota en la boca.

Entró en la cocina. Cassandra estaba sentada cerca de la chimenea, afilando una espada. Se había quitado el vestido de dama de compañía y llevaba túnica, medias y botas para su entrenamiento como guardia.

Levantó la vista y vio a Pascal, éste se acercó y ella le cogió la nota de la boca.



—¿Qué es esto? —le preguntó al camaleón.

Pascal se encogió de hombros. No se quedó esperando a que leyera el papel. Todavía no había acabado la misión. Tenía que entregar un mensaje a otro destinatario: Eugene.

Pascal lo encontró en otra zona del castillo, ha-

blando con Stan, uno de los guardias. El camaleón le dio unos golpecitos en el tobillo de Eugene para que le hiciera caso.

—Un segundo, rana —contestó Eugene—. Estoy ocupado.

Pascal, molesto por que lo hubiera llamado rana, levantó la lengua y le dio un tortazo en la cara. Eso sí que hizo que le prestara atención.

Eugene cogió la nota y la leyó.

—¿Es un mensaje de Cassandra? —preguntó sorprendido—. Mmm. Podría ser interesante…